

Palabras pronunciadas en la Casa de América, de Madrid, el 31 de mayo de 2002, en la presentación del libro *Introducción a Martí* de Roberto Fernández Retamar.

Sra. Directora de la Casa de América
Comp. Isabel Allende,
Roberto,
Amigas y amigos,

Después de la exposición de mi viejo amigo Armando Cristóbal, poco me queda por decir en torno a la obra que se presenta: la de quien resulta uno de los más descollantes poetas cubanos de ayer y hoy y, a la vez, uno de los más lúcidos ensayistas emergidos en nuestras letras.

Sin embargo, no quiero perder la oportunidad de subrayar que para un conocimiento cabal de Martí este libro se vuelve imprescindible. Sin dudas, contiene ensayos que resultan, a la vez que espléndida penetración en la vida y obra del Maestro, en su pensamiento y acción, agudas apreciaciones para explicar intenciones y contextos.

En efecto, si se quiere entrar en el dominio de la figura de Martí y su tiempo, en el mayor conocimiento de la ruta y razones de aquel cíclope de pensamiento iluminado, de acción milagrosa, capaz de componer divergencias y restañar heridas, de congregar tras su propuesta a lo diverso y disperso, de llevar a todo un pueblo a conquistar los picos de las montañas, no queda más remedio que acudir al dato preciso, a las cristalinas interpretaciones que hace Retamar en ensayos de enorme calado, como “Martí en su tercer mundo” o “Desatar América, desuncir el hombre”.

Con soltura y dominio absoluto, al analizar a Martí y sus circunstancias, ya no hoy, que tantas cosas pueden observarse con transparencia, sino hace alrededor de cuatro décadas, nuestro autor echó certeramente a un lado las visiones eurocéntricas que dominaban reductoramente el horizonte marxista y nos ayudó a ver sin antiparras un Martí auténtico, que si de una parte salía entonces de entre los humos del incienso con que lo elevaban a los altares, para desmedular su acción emancipadora, moldear la figura de un iluso o un lírico, tarea que por cierto, no termina aún, (recuérdese que no hace tanto, aquí, en España, alguien llegó a asegurar su suicidio en el campo de batalla por contrariedades políticas); de otra parte, cerebros

almidonados por un marxismo encartonado; es decir, un no marxismo, postulaban un Martí liberal pequeño burgués.

Esta era en no poca medida la magna, en medio de la cual emergió Roberto con aquel ensayo ancilar que planteaba un Martí en su legítimo mundo, es decir en su tercer mundo, texto que llegó para poner las cosas en su sitio y eliminar muchas arrugas en las interpretaciones.

Es en ese Martí donde podría encontrarse al genio que descubrió a tiempo el alba del imperialismo de Estados Unidos, al escudriñar esencias en la sociedad norteamericana de la década del 90 del siglo XIX. El que quiso impedir con su acción a tiempo, que cayera no solo sobre Cuba, sino también sobre el resto de América.

De ahí la república independiente que quiso forjar y, precisamente, como dato relevante recordemos que el apóstol para constituir en 1892 el partido libertador de Cuba, el Partido Revolucionario Cubano, optó por la fecha del 10 de abril de ese año. No fue una elección, gratuita, casual. Aquel día se conmemoraba un aniversario más de la Asamblea Constituyente que los insurrectos cubanos habían convocado para instituir la República. Fue allí, en Guáimaro, donde esta quedó afincada.

Era el resultado de que la nación, en su proceso de cuaje, estaba reventando en su brote. Para buscar la solución a esa necesidad de plasmarse plenamente había estallado, el 10 de octubre de 1968, la revolución, cuya expresión fue la lucha armada, la guerra. Sin dudas, en Guáimaro se configuró la república, con todos sus problemas e imperfecciones, pero es ahí donde está el origen en la República cubana.

Después de la tregua que dio fin a esa guerra y otra más de corta duración, Martí buscó renovar la pelea para lograr la emancipación, pero cayó tempranamente no sin que hubiera querido abreviarla; mas, aquella riña fratricida se extendió demasiado.

Después de tres años de esa última contienda y treinta en total, cuando parecía que por fin el Estado se manifestaría en una república independiente, vino la intervención de Estados Unidos; y una guerra imperialista se superpuso a una de liberación nacional, y ocurrió la ocupación estadounidense e impusieron la enmienda Platt.

Es cierto que el 20 de mayo de 1902 se instituyó el Estado Nacional, pero en buena parte se frustraron sus expectativas porque quedó expresado en una república dependiente que, por supuesto, no era la continuación de la república independiente nacida en Guáimaro, sino la república neocolonial burguesa.

Entre paréntesis entiendo que esa es la forma de que debe catalogarse y no como protectorado, porque esta fórmula corresponde al viejo colonialismo, y tiene en el caso egipcio y la Gran Bretaña quizás su forma paradigmática. Sin embargo, lo que inauguró Estados Unidos con la guerra era un fenómeno moderno y novísimo, el imperialismo, y en Cuba estableció una nueva forma de subordinación entre estados. Por eso, se debe calificar con un nuevo concepto. El lenguaje no es inocente.

Precisamente, gracias a la enmienda Platt, el suelo de Cuba fue hollado con sus botas más de una vez y permitió una nueva intervención estadounidense entre 1906 y 1909. Gracias también a ella se estableció la base naval de Guantánamo que todavía permanece en territorio cubano contra la voluntad de nuestro pueblo.

Casi peor aún, creó durante muchos años un sentimiento de inferioridad en muchos cubanos, que para todo veían la necesidad de la aprobación del Tío Sam. Esa pérdida de la autoestima, significó un retroceso en el camino de la nacionalidad. Además, la política fue lastrada brutalmente por el miedo a la intervención.

Digamos de todos modos que la república surgida en 1902 representó, en alguna medida, un cierto avance en relación con el estatus de colonia española o la posibilidad de una dependencia desembozada respecto a Estados Unidos, como la de Puerto Rico.

La creación del Estado Nacional propio permitió cierto margen de acción para que se movieran las fuerzas de rescate. Estas vendrían de la nación para, en medio de aquella república, de la que a veces uno se siente tentado a decir que fue la mediocridad y todo lo grande se hizo a pesar de ella o contra ella, lograr que se retomara el camino de la independencia, que venía marcado por el 68 y el 95.

De ahí todo el proceso de crecimiento de fuerzas políticas y antiimperialistas y, también, sociales, de madurez intelectual, de consolidación de una conciencia ética, de afirmación de ideas, de orgullo por una historia heroica, de un intenso movimiento de las artes y las letras, y, en fin, de acumulación de la cultura en general que se produjo en su marco.

Mas, en su raíz fue de las fuerzas ideológicas, de la conciencia de una historia de luchas, de una cultura emancipadora, de sentimientos y emociones, de fuerzas síquicas y morales, de donde salieron las posibilidades de la recuperación independentista de Cuba.

De manera irrefutable puede decirse que de la mano de Estados Unidos llegó, junto con aquella república, la retorción de los ideales de independencia y, durante más de medio siglo un vasallaje con pocas máscaras, que solo tuvo un breve paréntesis con la Revolución de 1930.

Con esta se produjo un mayúsculo intento de lograr un importante margen de independencia y progreso social y hasta se dio el curioso golpe, involuntariamente revolucionario, de los sargentos el 4 de Septiembre de 1933. Se estableció entonces el gobierno de los 100 días, con sus avances políticos y sociales, el único que cambió un tanto aquel panorama sombrío. Pero al ser derribado, llegó tras él un carrusel de presidentes inocuos o inicuos y detrás de todo, el sargento coronel Batista controlado por la Embajada de Estados Unidos y, por si fuera poco, por la mafia estadounidense.

Llegó la hora lamentable de los gobiernos auténticos. Tuvieron su oportunidad histórica, que sólo les sirvió para corromperse hasta los huesos y defraudar al pueblo. Hasta que de nuevo apareció Batista. Pero con este y su golpe de Estado llegó el final de la República ignominiosa e inmerecida.

Aquel cuartelazo del 10 de marzo de 1952, dio por clausurados los caminos reformistas y se dio paso a la gran Revolución de 1959. Entonces el Estado Nacional retomó el hilo que hace que nuestra República independiente de hoy entronque y sea heredera de la iniciada en Guáimaro, y haya cancelado la república neocolonial.

Felicitémonos, por tanto, y agradezcamos a Roberto Fernández Retamar, por este libro hermoso que conduce a explicarnos en buena medida el proceso agreste, montuoso, y también

iluminado, de la trayectoria cubana.

Muchas Gracias,

Rolando Rodríguez